

Cap. II.—LAS CRISIS EN SUD AMERICA

§ I.—LA AMÉRICA DEL SUD Y SUS CRISIS ECONÓMICAS

La economía política es no solamente la ciencia de la riqueza sino la ciencia de la pobreza, según su gran maestro Adam Smith.

Ella estudia el trabajo y el ahorro como las causas de la riqueza, y la ociosidad y el dispendio como las causas de la pobreza, a semejanza de la medicina, que es a la vez la ciencia de la salud y la ciencia de la enfermedad.

El estudio de la pobreza forma la patología de la ciencia económica.

A esta rama pertenece el estudio de las *crisis*, como empobrecimientos accidentales a que están expuestos los países más ricos.

Esta pobreza de las crisis es moderna en Sud América, como la riqueza, y nada tiene de común con la pobreza crónica que formó la condición de su vida durante el período de tres siglos en que fué colonia de España.

Las crisis, como pobreza, son un mal de los países y tiempos de riqueza.

La pobreza excepcional en que consisten no nace de la ociosidad y del dispendio. Todo lo contrario, nace a menudo de la especulación y de la producción excesiva, es decir, del excesivo trabajo y del ahorro activo llevado al extremo en la forma de consumos reproductivos o empresas inconsideradas de producción industrial o comercial.

En Sud América datan las crisis económicas desde la independencia, como el comercio y la riqueza creados por su gran revolución.

Como enfermedades peculiares del comercio y de la riqueza no eran conocidas bajo el antiguo régimen colonial, por la sencilla razón de que el comercio estaba suprimido por sistema de gobierno.

Ellas son la obra y el resultado de dos precedentes combinados de este modo: del antiguo régimen colonial, que educó al pueblo en la ignorancia calculada del trabajo industrial, y del moderno régimen, que ha puesto al pueblo, así educado, en contacto libre con la Europa industrial, que le procura los artefactos que no sabe fabricar en cambio de las materias primas que hace producir a su suelo.

Ese cambio forma el comercio exterior, que consiste, todo él, en la importación de manufacturas extranjeras y en la exportación de las materias primas con que las compran.

Las materias que exporta son la moneda con que paga las mercaderías que importa, cuando el valor de lo que exporta es igual al valor de lo que importa en la balanza de esos cambios.

Cuando es más, el extranjero le completa la diferencia de precio en moneda de oro o plata. Cuando es menos, el pueblo importador paga al extranjero esa diferencia en oro o plata.

En el primer caso, la balanza es considerada como contraria al comercio del país; en el segundo, como favorable.

Esas oscilaciones de la balanza comercial varían comúnmente en un sentido u otro, y esas variaciones dependen de todas las causas que pueden aumentar o disminuir el valor, la cantidad, la calidad de las materias primas.

Cuando el país necesita pagar con dinero lo que la exportación de sus productos naturales no alcanza a pagar, tiene que pagarlo al extranjero en oro.

El oro sale así entonces del país, no como moneda, sino como mercancía, suplementaria de los productos naturales que faltan por una causa accidental: seca, peste, guerra o cosecha insuficiente y mala.

Como el dinero es el intermediario natural y necesario de los cambios interiores, su ausencia o su carestía consiguiendo entorpece los cambios, es decir, paraliza las operaciones del comercio interior.

El mal de esa paralización constituye una *crisis regular*, cuya causa inmediata es la ausencia del oro y cuya causa mediata es un cambio contrario en la balanza del comercio exterior.

Ahora bien; la América del Sud vive del comercio ex-

terior, que le suministra su contribución de aduana, elemento capital de su tesoro público y base natural de su crédito circulante.

La aduana y el crédito, es decir, el impuesto y el empréstito, son los dos brazos del gobierno del país, sin los cuales su acción y su existencia son imposibles.

De ahí viene que una crisis pecuniaria, en Sud América, es a la vez una crisis comercial y financiera, política y social.

Y como la condición o razón de ser en virtud de la cual la América del Sud deriva los medios de hacer vida civilizada y europea es su comercio exterior; como esa condición es la obra de siglos, que necesita siglos para cambiar, la América del Sud será de más en más la tierra clásica y favorita de las crisis económicas.

§ II.—LAS CRISIS Y LA POBREZA EN SUD AMÉRICA

Hay una *riqueza* y una *pobreza* que se pueden llamar *sudamericanas*. Las tiene cada país. ¿Por qué sería excepción la América del Sud? ¿Cómo así? — A puro ser simple, la razón salta a los ojos.

Cada país tiene su sociedad, cada sociedad tiene peculiaridades que recibe de su raza, de su historia, de su estado de civilización, del censo de su población y, por fin, de las condiciones naturales y geográficas de su suelo.

Como la riqueza y la pobreza son hijas de la sociedad y residen en la sociedad, por sus causas y naturaleza, cada sociedad, es decir, cada nación tiene, por lo tanto, su riqueza propia y su pobreza propia peculiares.

Que la sociedad y su modo de ser son el origen de la riqueza y de la pobreza de cada país, es la verdad que nos enseña la ciencia de la riqueza, interpretada por sus más grandes maestros Adam Smith y J. B. Say y sus dos grandes escuelas.

La riqueza, según ellos, tiene por causas el *trabajo* y el *ahorro*, es decir, dos costumbres del hombre social. En otros términos equivalentes: la riqueza tiene por origen al hombre social, no al suelo.

Sin embargo, los que no conocen otra economía que la de esos maestros persisten maquinalmente en ver en el suelo todo el origen y manantial de la riqueza.

Tenemos suelo grande, fértil, variado, de buen clima: luego somos ricos. Y vivimos y gastamos y nos endeudamos como ricos, aunque el suelo esté sin habitantes, es decir, sin

sociedad civilizada. Ejemplo argentino: nuestros territorios del Chaco, de Patagonia y de la Pampa, que contamos como parte de nuestra riqueza.

Nos dice igualmente la ciencia de la riqueza que la pobreza, su reverso, tiene por causas la *ociosidad* y el *dispendio*, es decir, dos malas costumbres de la sociedad o del hombre de que ella está formada. Sin embargo, los mismos que repetimos a cada instante los teoremas de esa ciencia nos creemos opulentos en medio de los andrajos de la miseria, de la deuda y de la insolvencia, si poseemos un territorio vasto, fértil, variado y de buen clima, sin advertir, por un momento, que la sociedad ociosa y disipada es origen y causa de su pobreza, aunque habite el suelo más privilegiado del mundo; y con doble razón si el suelo no está habitado por sociedad alguna, ni trabajadora ni ociosa.

Las consecuencias del error rudimental sobre el origen moral de la riqueza y de la pobreza son decisivas en la suerte del hombre o de la sociedad imbuidas en él, porque ignoran el camino de ser ricos y el de dejar de ser pobres, en los momentos en que una contrariedad los detiene en su carrera o amenaza su bienestar.

Tal le acontece en presencia del mal que se llama una *crisis económica*; sus causas y sus remedios se le ocultan en la oscuridad de su noción sobre la pobreza.

¿Qué es, por sí misma, una *crisis económica*?—Un empobrecimiento súbito o la destrucción de gran parte de la fortuna de todos; es decir, un estado de pobreza en que cae de un golpe toda una sociedad que se consideraba rica.

Según esto, lo que es origen y causa de pobreza es todo el origen y causa de las crisis económicas: el dispendio, cuando no la ociosidad y el dispendio juntos, es decir, dos hábitos o costumbres del hombre y de la sociedad caídos en la pobreza que se llama *crisis*.

El dispendio es asimilado a la ociosidad o falta de trabajo, como origen de la pobreza, cuando consiste en un trabajo inepto, malsano, ignorante y precipitado.

El que emprende trabajos que ignora, disipa el capital que en ellos emplea: con toda su labor es un pródigo, un obrero de pobreza, un fabricante de crisis. En efecto; es el obrero ordinario de las crisis económicas.

Una sociedad ignorante en el trabajo es pobre cuando no trabaja y se empobrece cuando trabaja, porque no conoce el trabajo que produce la riqueza, que es el trabajo inteligente.

Luego la inteligencia industrial de la sociedad forma una

parte elemental de su riqueza; y su ignorancia en materia de industrias y de trabajo productor forma la parte principal de su pobreza.

Si la crisis económica es un estado de pobreza, no hay otro remedio, para curarla, que evitar las causas que, según la ciencia económica, son origen y causa de la pobreza.

Pero salir de la pobreza es equivalente a enriquecer; y la pobreza de las crisis, que es de igual naturaleza a todas las pobrezas, no se cura sino por el método y régimen ordinario que producen la riqueza, a saber: el trabajo y el ahorro, o lo que es lo mismo, no estar ocioso ni disipar.

Luego los remedios de las crisis son sociales como las crisis mismas y la pobreza de toda especie; son sociales por su naturaleza y origen.

Como sociales son peculiares de cada sociedad, y cada crisis requiere estudios peculiares y propios, como cada sociedad que es víctima de ellas.

Es en este terreno de orden social y moral de cada país en que está el origen y la naturaleza de las crisis donde es preciso buscar sus remedios, morales y sociales como el mal en que ese empobrecimiento tiene su causa, no el suelo.

Aumentar el territorio por conquista o por litigio no es aumentar la riqueza del país, no es reemplazar los capitales que las crisis han destruido. Los capitales nacen del trabajo y se aumentan por la economía, que es otra especie de trabajo inteligente y moral; nacen del trabajo propio, no del ajeno.

Tomar capitales a préstamo para reemplazar los capitales destruidos por las crisis, no es remediar la pobreza, sino agravarla; la riqueza de otro no es la riqueza del país. La deuda representa más la pobreza que la riqueza. Endeudarse no es enriquecerse, sino exponerse a empobrecerse por la facilidad con que siempre se gasta lo ajeno.

Mejorar la sociedad es el único medio de mejorar su bolsillo cuando está pobre por su inconducta. Se mejora una sociedad pronto y radicalmente dándole mejores asociados, ya formados en el trabajo y el ahorro inteligentes, que son la causa de la riqueza y el remedio de la pobreza. Es decir, formando y aumentando la población o personal de la sociedad del país sudamericano por la inmigración de poblaciones procedentes de la Europa productora y rica.

Con esta mira y en vista de este resultado deben ser concebidas las instituciones fundamentales de las Repúblicas de la América que fué colonia de España.

Sus constituciones deben ser hechas para poblarlas con

las poblaciones de la Europa más industrial y más rica, para enriquecerlas por las costumbres industriales que inmigrarán al país con esas poblaciones.

Así ha sido concebida la Constitución Argentina de 1853, y por eso es la mejor que existe en toda la América del Sud.

Ella es la que le ha dado miles de inmigrados, no su suelo, a la República Argentina.

Y así como es la Constitución o regla de gobierno en ese sentido, así debe ser concebido el Código social o civil que es regla de los asociados.

Pero si la Constitución citada es un modelo a imitar, el *Código civil* del mismo país es un modelo a evitar. Pues si la Constitución, de índole angloamericana, ha sido hecha para poblar y enriquecer al país, el Código civil, de índole latinoportuguesa, no ha pensado siquiera en esos fines.

Como la crisis ha seguido al Código y no a la Constitución, no sería la institución que hace veinte años inauguró el movimiento de la población y de la riqueza argentina (bien que reformada en el sentido reaccionario que ha inspirado el Código civil) más responsable que este Código social de la crisis ocasionada pocos años después de su sanción.

La población de Europa que emigra al Nuevo Mundo en busca de la libertad y de la riqueza, no podría ser atraída al Plata por el imán de un Código civil de 4028 artículos, doble más grueso y reglamentario que el grueso y reglamentario Código civil del Imperio Francés, el cual, con sus dos mil artículos, es un modelo de brevedad comparado al argentino.

Lo cierto es que ese Código civil argentino no es la codificación de los principios de orden social consagrados por la Constitución de 1853 para poblar y enriquecer a la Nación. Cuando más lo es un poco de su reforma reaccionaria de 1860, hecha cabalmente por los autores del Código civil, gemelo de la crisis o precursor de ella de tres años.

Yo hablo de la pobreza, no de la indigencia; de la pobreza de los Gobiernos, de la pobreza de los Estados, de la pobreza de los ricos, por decirlo así.

Su remedio, de que yo hablo, no es la beneficencia, la asistencia pública, la caridad, sino la economía política o la política económica en general, calculada para poblar el suelo sudamericano con pueblo productor europeo, para enriquecer ese suelo por el trabajo fecundo del trabajador inteligente traído de la Europa e instalado en Sud América.

La peor de las pobrezas es la pobreza que vive satisfe-

cha y orgullosa de serlo; la pobreza que hace gala de su debilidad y atraso.

Es la pobreza colonial y española, ennoblecida por un cálculo de dominación, que eludió siempre la riqueza como poder y como instrumento de independencia.

La Iglesia, en su servicio, educó al pueblo en la idea de que el fin del hombre no está en la vida presente sino en la futura, y que todos los bienes naturales de fortuna son inútiles y peligrosos.

El padre Esquiú se ha confirmado en estas ideas del coloniaje americano al visitar la Europa del siglo XIX.

Lo curioso es que ese padre ganó de un golpe su celebridad por un sermón en favor de la Constitución argentina, sajona de índole y de origen, y hecha, por lo tanto, para poblar y enriquecer a la República Argentina.

Si el padre, en vez de ir a Roma, hubiese ido a Inglaterra o Estados Unidos, habría visto que la gran prosperidad material no disminuye nada el ardor y esplendor religioso. No es de ahora que en Italia faltan las dos cosas. En 1856, cuando el Papa gozaba de la plenitud de su soberanía temporal, yo me repetía, visitando la basílica del Vaticano:—“en todas partes está Dios, menos en San Pedro de Roma.”

§ III.—LA TIERRA NO ES RIQUEZA.—EL SUELO COMO INSTRUMENTO DE RIQUEZA

Con nociones menos españolas y más exactas sobre la naturaleza verdadera de la riqueza, se daría a la tierra, en Sud América, otro valor. No menos que su valor real, sino su verdadero valor. La América antes española no perdería en ello, porque realmente ocupa la tierra más capaz de ser rica, con otro orden de cosas que el actual, en que no es sino mero instrumento de riqueza, pero instrumento sin instrumentista.

Ese instrumentista, es decir, el trabajador, forma la verdadera riqueza del suelo; el trabajador inteligente, activo, enérgico, económico y juicioso, bien entendido; en una palabra, el trabajador de la Europa actual, inmigrado y establecido en el suelo americano.

Aquel suelo, en Sud América, es más rico porque es más apto para recibir y poblarse de ese trabajador europeo.

Así el suelo ecuatorial del Brasil será siempre menos rico que el de la América templada que fué española, porque es inhabitable para el trabajador europeo.

El suelo, entendido en su valor real, dejaría de ser causa de guerras locas por límites que se establecen, creyendo disputar plata y oro, y de infatuación para los que abusan del crédito, en la creencia errónea de que la tierra es un medio de solventarlo.

El suelo más rico o más capaz de ser rico de Sud América será el que por sus condiciones geográficas, geológicas y climáticas sea más capaz de atraer y fijar al poblador francés, inglés, suizo, alemán, italiano y español del Norte.

Porque será el trabajo de semejantes pobladores la verdadera causa de la riqueza de que ese suelo sea capaz.

El Plata, con sus condiciones físicas, esencialmente europeas, por decirlo así, será más capaz de riqueza que el Brasil, por ser más capaz de poblarse de trabajadores europeos que un país tórrido que excluye al poblador y al trabajador europeo y sólo es capaz de ser trabajado por razas inferiores como el negro, el indio o indígena, el chino.

El trabajo no es fecundo y productor únicamente por su energía física y material, sino por su fuerza inteligente y moral.

“La riqueza pública de un país y aun su poder, en cuanto el poder puede depender de la riqueza, debe estar siempre en razón del valor de su producto anual, que es la fuente en que se toman en definitiva todos los impuestos. Así *el grande objeto que se propone en todas partes la economía política es aumentar la riqueza y el poder del país*” (1).

El *producto anual* de que habla Smith en que reside la riqueza y el poder del país, es el producto del trabajo y de la tierra, del suelo y del hombre, de la naturaleza y de la industria.

No es riqueza ni fuente de poder lo que no produce impuestos, es decir, entradas del tesoro, renta pública.

El suelo por sí solo y sus riquezas naturales inexplotadas no pagan contribuciones, y sus tituladas riquezas son meramente nominales; no excluyen la pobreza y la debilidad del país poseedor del suelo mejor dotado.

El suelo es un productor de la riqueza; está dotado por la naturaleza de la facultad de crearla, pero nada produce sino en colaboración con el hombre. Sus riquezas o materias de riquezas quedan inéditas si no se emiten por el trabajo humano.

A su vez, nada puede el hombre por sí solo, en la producción de la riqueza, sin la colaboración del suelo, que le da la materia prima de las obras de su industria, en todos ramos.

(1) «Riqueza de las Naciones», Lib. II, Cap. V.

La riqueza increada o no producida no es riqueza, porque no es el producto anual de que sale únicamente la contribución que alimenta al tesoro nacional.

El suelo puede estar amasado de oro y plata; si no paga impuestos, no es rico; y su oro y plata inexplotados no son riqueza porque no son productos que puedan pagar impuestos.

Hay una *renta*, es verdad, que, según el mismo Smith, es como el *producto del poder natural* que la tierra tiene, según su fertilidad natural, de convertir un grano de trigo en cien granos, una semilla en una planta o en un árbol útil, sin que el hombre le ayude en esta función.

Pero esa *renta*, así llamada, no es el impuesto social de que se forma la renta pública y que tiene por manantial *la producción anual del país*.

Esta fuerza o *poder fecundante* de la tierra es como otras fuerzas que existen en la naturaleza: el calor, la *electricidad*, la *gravitación*, que en las manos del hombre colaboran con él en la producción de la riqueza, pero que por sí solos nada producen que tenga el valor de la riqueza.

§ IV.—LAS CRISIS Y POBREZA DE LA AMÉRICA DEL SUR Y SUS CAUSAS.—SE HABLA DE PRODUCTOS, NUNCA DE CONSUMOS COMO CAUSAS DE LA RIQUEZA.

Cuando se habla de la riqueza y sus progresos en Sud América, sólo se mira a la *producción*; se examinan, se estudian, se exhiben en las exposiciones *los productos de su suelo*: minerales, vegetales, animales. Se habla de las aptitudes del suelo como de las de un obrero o de un pueblo productor.

Nadie parece acordarse de los *consumos* y del papel principal que esta rama de la economía tiene en el progreso de la riqueza del país.

En este error incurren los americanos y los europeos mismos, estos últimos porque suponen que el pueblo sudamericano es idéntico al europeo en sus condiciones y modo de ser económico.

Es un hecho, entre tanto, que la riqueza y sus progresos dependen más de los *consumos* que de la *producción*.

Propiamente, la producción reside en la parte más esencial, en lo que se llama los consumos, por esta razón sencilla: que en el modo de consumir están el ahorro y la economía o reserva del sobrante de lo que se produce para satisfacer las necesidades inmediatas de la vida social y civilizada.

El ahorro es el origen inmediato del capital, es decir, de la acumulación y guarda de la riqueza que ha empezado por ser producto del trabajo.

Así, en los pueblos enriquecidos por la conducta de su vida industrial, el ahorro es considerado como la más grande entrada, como el rédito más seguro y productivo de la riqueza.

Adam Smith dice que el ahorro, más que la industria, es el que aumenta el capital.

Sin ahorro inteligente y habitual no hay capital.

Sin capitales, la riqueza vive eternamente naciente y en condiciones primitivas, porque el capital es esa porción activa y militante de la riqueza que vive ocupada en reproducirse o producir más y más riqueza.

La suerte del capital, su formación y existencia dependen del ahorro, es decir, de la manera de consumir, porque ahorrar es consumir juiciosamente, es gastar reservando el exceso que deja el consumo más indispensable para vivir sobria y dignamente. De ahí viene que el modo de vivir de un hombre o de un país (costumbres) sea un elemento de su riqueza.

Los consumos son una ciencia o la parte principal de la ciencia de la riqueza, en el sentido que ellos no se reducen al mero gasto de vivir, sino al gasto del capital hecho con la mira de reproducirlo y multiplicarlo. No cosecha trigo el que no gasta o consume una porción de él en la semilla que echa en la tierra.

Es en este sentido que gastar y consumir, es producir. No hay consumidor más voraz que un empresario, pues consume cuando tiene, pero lo consume, es verdad, para reproducirlo, agrandarlo y mejorarlo.

Consumir de ese modo es economizar, ahorrar. En este sentido científico y natural del ahorro, ahorrar es no sólo una virtud, sino una ciencia, un arte: la ciencia misma de la industria y el arte mismo de la riqueza.

Este consumo fecundo y activo, que forma, por decirlo así, una parte del trabajo productor y se confunde con él, es poco conocido y menos practicado por la sociedad de Sud América.

No así el consumo estéril e improductivo, que es el que hace la sociedad en su gobierno y administración pública, en su ejército y escuadra, según lo certifica Adam Smith.

Este ramo del consumo es el pozo airón en que desaparecen los capitales, apenas en formación, de la América del Sud.

La sociedad consume más por su gobierno y en su gobierno que lo que produce por su suelo y su trabajo.

De ahí el déficit que se salda o chancela por la riqueza que la Europa presta a la América del Sud a un interés que agrava el déficit. El hecho es que la América consume más

de lo que produce, por esta razón simple: que no se puede vivir sin consumir, pero es posible vivir sin producir, con lo producido por otros.

El gobierno, concebido en todas sus ramas y detalles, es el gran consumidor del producto del suelo y del trabajo de la América del Sud: consumo estéril e improductivo, desgraciadamente, como es por su naturaleza el que cuesta la existencia del Gobierno, por otra parte indispensable a la sociedad y a su riqueza misma.

El gobierno, la administración, la política, la paz, la guerra, considerados en su existencia y sostén, no son sino objetos constitutivos de los consumos públicos: representan el mayor gasto de la sociedad. Pero en Sud América no son vistos jamás por este lado, es decir, como objetos del gasto que absorbe lo más del valor anual del suelo y del trabajo nacional.

El gobierno representa el consumo, no la producción; el consumo improductivo, no el productivo. Los salarios que gana su trabajo improductivo salen del capital del país, no para reproducirse y agrandarse, sino para desaparecer. Como consumidor improductivo representa no el enriquecimiento del país, sino su empobrecimiento, es decir, el consumo destructor y estéril de su capital social.

Tal es la esencia del gobierno en todas partes, pero con doble razón lo es en Sud América, donde el trabajo de gobernar, convertido en trabajo industrial de la parte llamada dirigente o gobernante de la sociedad, absorbe, con el pago de sus salarios, la mayor parte del crédito anual del Estado.

Para medir la riqueza de Sud América se habla de la extensión y fertilidad de su suelo; pero se olvida la esterilidad y extensión del trabajo asalariado por la sociedad para el desempeño de su gobierno. Se habla de la producción del suelo, de la capacidad productiva del suelo; pero se olvida el consumo y la aptitud del país para consumir estérilmente.

Con una sociedad que así disipa sus entradas no puede haber progreso de riqueza aunque ocupe el suelo más vasto y fértil del mundo. Un país que consume más que lo que produce, lejos de enriquecer, no hace más que empobrecer continuamente. No economiza, no hace ahorros; no hará jamás capitales en consecuencia.

Consumirá del mismo modo hasta los capitales extranjeros que se introduzcan en el país de un modo u otro, y acabará por vivir de lo ajeno, disimulando este expediente vergonzoso por el siguiente artificio: forzando al país a prestar a su gobierno su propia fortuna por la emisión de pública

deuda en forma de papel inconvertible, declarado moneda forzosa, y comprando oro con ella para pagar los intereses de sus deudas extranjeras. Es imposible imaginar mecanismo más eficaz para conducir a la pobreza y mantener en ella al país más favorecido del mundo, por la extensión y fertilidad de su territorio.

No puede saber enriquecer la sociedad que no sabe producir; y mal puede saber producir la sociedad que no sabe consumir productivamente, siendo el consumo el principal y definitivo objeto de la ciencia de la riqueza o de la economía política, así como de la política entera, que se reduce en el fondo a cultivar y engrandecer las fuerzas vivas de la sociedad, de que son expresión visible y aparente su opulencia y su poder, cuyo aumento constituye el gran objeto de la *Economía política*, según Adam Smith.

El simple nombre de la ciencia de la riqueza nos enseña esta verdad: que *gobernar es enriquecer al país, por la economía en el consumo de sus ahorros y recursos*. La probidad de un gobierno está en su ley anual de gastos públicos.

De su conducta económica depende que esa ley sea su pergamino de gloria o su cabeza de proceso.

§ V.—¿POR QUÉ SUD AMÉRICA ESTÁ POBRE, ENDEUDADA E INSOLVENTE?

¿Tenemos un gran territorio? — Luego somos ricos, dicen sus habitantes escasísimos.

¿Somos ricos? — Luego tenemos derecho a pedir prestado el dinero ajeno, para vivir con él como ricos.

Por razón que tenemos *suelo* y *crédito* creemos tener la *riqueza*.

Y no sólo así lo creen los sudamericanos, sino que también lo creen así los mismos europeos respecto de Sud América.

Unos y otros olvidan que, teniendo un *suelo* grande como un mundo y un *crédito* del tamaño de su *suelo*, no falta a los sudamericanos más que una cosa: la *riqueza* real. Si la tuviéramos, no estaríamos endeudados e insolventes.

Nadie diría que no pagan porque no quieren. Y peor para ellos si lo dijeran o lo creyeran.

No se equivocarán más que en una cosa: en lo que entienden por *riqueza*.

Tomando como *riqueza* el *suelo* y el *crédito*, viven en la pobreza con la persuasión de que son ricos.

Persuadidos de que son ricos, se endeudan como ricos, gastan como ricos y viven del *crédito*, es decir, de la *riqueza* ajena, que les presta la Europa, porque abriga la misma preocupación respecto de Sud América.

De aquí resulta que Sud América es rica con *riqueza* ajena, gasta la *riqueza* ajena y vive de lo ajeno hace más de medio siglo, según el testimonio de sus deudas públicas (*).

Su tesoro ha venido a consistir en su *crédito*, es decir, en el gaje o hipoteca con que la Europa le presta su *riqueza*, que es su *suelo*.

Según esto, *la deuda de Sud América* viene a ser la *deuda* hipotecaria de un mundo.

La Europa presta al *suelo*, no al hombre, cuando presta su *riqueza* a los Estados de la América del Sud.

Como *crédito* hipotecario, el de Europa sobre América es el más ruinoso de todos, porque es inejecutable: no se puede pensar aquí en el remate público de todo un mundo, de diez y seis naciones a la vez.

Prestando al *suelo*, no al hombre, la Europa ha estudiado el *suelo*, no la persona y la vida de su deudor, de que no se ha ocupado un momento en sus estudios y exploraciones económicas y financieras.

Existen miles de libros europeos, escritos sobre la América actual, que sólo la estudian en los tres reinos de su vasto *suelo*: animal, mineral y vegetal.

En las exposiciones industriales sólo se ven muestras brutas de cosas pertenecientes a los tres reinos de la historia natural americana.

(*) DEUDA INGLESA DE LOS ESTADOS DE LA AMÉRICA LATINA EN 1876

NOMBRE DE LOS ESTADOS	SUMA TOTAL DE LA DEUDA EN £	PAGO DE INTERESES	OBSERVACIONES
ARGENTINA (REP.)	12.245.584	Corriente	De los 18 deudores sólo 5 pagan, o mejor dicho 3, que forman el Estado Argentino.
BOLIVIA	1.700.000	Suspendido	
BRASIL	23.721.600	Corriente	11 están en falla, es decir, casi toda la América del Sud.
BUENOS AIRES	5.716.500	Corriente	
CHILE	10.621.420	Corriente	La Deuda Inglesa no es toda la Deuda de esos Estados.
COLOMBIA	2.200.000	—	
COSTA RICA	3.400.000	Suspendido	La deuda aquí enumerada es la originaria. Pero la actual es poco menos.
ECUADOR	1.824.000	Suspendido	
ENTRE RÍOS	226.800	Corriente	Todos los Estados citados tienen deuda interna. Ya consolidada, ya flotante, ya en papel-moneda.
GUATEMALA	600.000	Suspendido	
HONDURAS	3.590.000	Suspendido	
MÉJICO	15.106.450	Suspendido	
PARAGUAY	3.000.000	Suspendido	
PERÚ	49.010.000	Suspendido	
SANTO DOMINGO	757.700	Suspendido	
SANTA FE	300.000	—	
URUGUAY	4.500.000	Suspendido	
VENEZUELA	6.911.900	Suspendido	
Total en £	145.431.954		
• en pesos	727.159.800		
• en francos	3.635.599.000		

Esas muestras son la base de su crédito: ellas lo reavivan por las ilusiones de solvibilidad que producen en americanos y europeos.

Y los empréstitos siguen a las exposiciones.

Las exposiciones y los libros omiten solamente un estudio: el del hombre y la sociedad de Sud América, es decir, todo el origen y causa de la riqueza humana, que es el trabajo y el ahorro, o mejor dicho, el trabajador moderno inteligente, educado en el trabajo y en el ahorro.

Los países de Adam Smith y de J. B. Say olvidan que la riqueza se produce por la sociedad y en la sociedad, no en la tierra, que apenas sirve de instrumento a la sociedad o al hombre de que ella se compone.

Es raro ver un libro, un estudio, un sabio de la Europa que se haya ocupado de estudiar la sociedad de Sud América considerada como el origen y manantial de su riqueza. De estudiarla en sus antecedentes, educación, hábitos, instrucción, aptitudes para la producción de la riqueza en los varios ramos del trabajo productor: la agricultura, la industria fabril, el comercio; en su inteligencia, hábitos y usos en materia de ahorros y consumos, porque la riqueza no tanto nace del arte de producir como del arte de ahorrar y gastar con juicio y prudentemente.

A los sesenta años que este olvido se comete empieza a llamar la atención por sus efectos naturales: las crisis económicas en que perecen las riquezas prestadas, para el prestamista y para el deudor.

Hasta aquí el suelo va resultando ser el único deudor, el único trabajador y el único pagador de las deudas de Sud América a la Europa.

El trabajo natural del suelo, el poder natural de la tierra, es el grande y casi exclusivo manantial de los recursos del país; el actual productor de los metales, de las maderas, de las lanas, de los cueros, del cacao, de la quina, etc. con que las sociedades de la América del Sud pagan a la Europa el interés de sus deudas y el valor de sus mercaderías.

Todos hablan de las grandes aptitudes productoras del suelo; nadie habla de las aptitudes productoras de la sociedad de Sud América.

La ignorancia de la Europa en cuanto al poder productor de la sociedad sudamericana, forma el gran recurso y elemento de crédito de sus Estados, por ahora. Esa ignorancia distingue principalmente a los prestamistas, no a los especuladores, que, al contrario, abusan de ella, para inducirlos a prestar sus millones menos a los Estados y gobiernos sudamericanos que a los especuladores políticos de emprés-

titos extranjeros e interiores que pululan en Sud América, por otra parte.

Las empresas de producción y de mejoramientos económicos son el pretexto invocado por la especulación de los dos mundos; pero la verdadera inversión que recibe el producto de tales empréstitos se divide en dos mitades: una para las dos especulaciones, otra para empresas de guerras, que también son industriales en el sentido que son hechas para enriquecer a sus promotores y arruinar a sus antagonistas políticos.

Las guerras que han asolado al Paraguay y al Entre Ríos se han hecho con el oro de los ingleses. Dígalo sino la historia de los empréstitos argentinos de 1869 y 1874 y los hechos al Brasil por ese tiempo.

El castigo de los prestamistas está en los efectos que las crisis, nacidas de esas guerras, hacen pesar sobre ellos.

§ VI.—LA TIERRA COMO GARANTÍA HIPOTECARIA

No porque muera momentáneamente el crédito exterior de Sud América se creen pobres sus gobiernos. Les queda el crédito interior, que siguen emitiendo en forma de papel moneda o de fondos públicos, por medio del cual levantan empréstitos forzosos, sobre los mismos habitantes del país, cuyo producto continúa formando la mitad más esencial del tesoro público con que sufragan los gastos anuales del Estado.

El crédito es la riqueza, según ellos. Emitir papel de crédito es crear dinero, plata, capitales, riqueza.

La especulación de Bolsa y de gobierno, que fomentaba los empréstitos extranjeros, fomenta naturalmente los empréstitos interiores, levantados por emisiones de papel, con que ella levanta para sí misma los millones que salen del público del país, estafado a su turno como lo fué el extranjero.

Para curar el mal de los empréstitos extranjeros se produce el mal de los empréstitos interiores, pero siempre en nombre del bien público y del enriquecimiento del país.

Se aumenta su deuda para aumentar su riqueza, y según esa economía, el mejor medio de enriquecer al país es empobrecerlo.

El papel de deuda pública es riqueza porque tiene por gajes el suelo nacional y las riquezas inagotables que el suelo contiene. Puede ser emitido al infinito; porque el valor del suelo nacional no tiene límites.

Así la teoría de Law se convierte insensiblemente en el sistema rentístico de los gobiernos sudamericanos.

Ellos se ofenderían de esa presunción, pero la verdad

es que su crédito no descansa en el valor anual del trabajo de su sociedad, sino en el valor anual del trabajo natural de su suelo, inculto y despoblado.

Siendo la falta de dinero, piensan ellos, como Law, la causa de que las industrias y recursos del país se mantienen inertes y sin desarrollo, el remedio natural de la falta de dinero metálico es la emisión de un papel de deuda pública, hasta la concurrencia del valor de todas las tierras de la Nación, es decir, hasta un valor ilimitado. Tal fué la base de que se llamó el "Sistema del Mississipi". Dinero es lo que plata vale, y como el territorio es plata por su valor indisputable, un papel emitido con la responsabilidad y garantía de todas las tierras del país no puede carecer del valor real de la moneda; aunque el papel moneda sea inconvertible; aunque la deuda de ese papel sea perpetuamente irreembolsable, con tal que todo pago hecho con esa moneda extinga toda obligación, civil o fiscal, por la fuerza de la ley.

Y como al Estado corresponde solamente el derecho regalano de sellar moneda, se deduce, según esa doctrina, que sólo el Estado puede fundar, poseer y administrar un *Banco de circulación*.—"Esta era la teoría de Napoleón I. de Law y de otros autores de proyectos presentados en los tiempos de crisis", dice Courcelle Seneuil.

Este eminente economista es enemigo de tal sistema, fundándose en este hecho por él establecido: *que toda emisión de billetes-moneda es un nuevo empréstito de forma particular*.

§ VII.—SITUACIÓN CRÍTICA DE COSAS ECONÓMICAS EN SUD AMÉRICA

La economía política de la América del Sud — expresión de su revolución moderna contra el viejo régimen colonial de reclusión y de aislamiento en que la mantuvo España durante su dominación de siglos — debe favorecer, sobre todo, al comercio internacional y a la industria rural y agrícola, cuyos productos alimentan ese comercio llamado a poblarla; a convertir en riqueza fabril de la Europa; a formar su tesoro por la aduana; su crédito público por su tesoro así nacido; y a formar, con los hombres y cosas traídos del mundo más civilizado, la civilización propia de Sud América.

Esa economía nace de su condición y de sus medios de progreso. No es arbitraria ni facultativa su elección. Los Gobiernos no pueden tener otra. Su papel se reduce a seguirla más bien que a darla. Obedeciendo al movimiento de las cosas, tendrán que favorecer la industria de las campa-

ñas desde luego, que es la rural y agrícola, y a la vez la industria de las ciudades, que es el comercio.

Desdeñar las campañas y tratarlas como *brutas*, porque sólo producen *materias brutas*, es propio de charlatanismo idiota y suicida que no se da cuenta de que esa producción bruta es toda la razón que vale a Sud América la adquisición y el goce de la producción fabril que el comercio de la Europa derrama en sus ciudades sin artes ni fábricas.

Sin industria fabril y sin marina propia, la América del Sud vive bajo la dependencia de la industria fabril y de la marina de la Europa, que lleva en sus propias naves los productos de sus fábricas a los consumidores americanos.

Sud América, como país de origen y de raza europea, puede tener el orgullo de su origen; en el hecho, está como el Egipto y la India; en cuanto para la exportación de su riqueza bruta y la importación de la riqueza fabril extranjera, está bajo la dependencia de los marinos de la Europa, que le hacen su doble tráfico.

¿Está en su mano sacudir esta dominación, como ha sacudido la de España?—A cañonazos y en campos de batalla no se hará nunca de un golpe una industria fabril ni una marina mercante americana.

La conquista de estas cosas requiere campañas de siglos y se hace sin armas, sin sangre y sin batallas.

¿Qué le aconseja hacer su buen juicio en servicio de la evolución o desenvolvimiento de su civilización moderna?—Aceptar su situación, en cuanto a sus medios de progreso, como herencia de su historia o de su educación de siglos, y pedir a la educación de los siglos venideros la creación y desarrollo gradual de otro modo de ser, sin hacer violencia alguna ni al actual ni al venidero.

Todo el favor que le pide la industria rural y agrícola de sus campañas es la *seguridad* de la vida y persona de sus trabajadores y del producto de su trabajo.—La riqueza del estanciero es la riqueza del país.—Y todo lo que sus ciudades le reclaman es la libertad y seguridad dadas a su industria favorita, que es el comercio. El comercio es la providencia del país.

Esas garantías faltan hoy a las campañas y a las ciudades de la República Argentina. Se puede decir que unas y otras están en manos de sus enemigos, convertidas en su patrimonio: los enemigos de las campañas son los *indios salvajes*, y los enemigos de las ciudades son los demagogos, que viven del pillaje oficial de sus aduanas y de su crédito; otra especie de salvajismo en lo estéril y destructor.

Unos y otros tienen por objetivo de su actividad la riqueza en que consiste la vida del país.

Una mitad de la renta pública de esa riqueza se gasta hoy en pagar las deudas nacionales de este último pillaje, y la otra mitad en ejércitos destinados a defender lo que queda.

La Hacienda y la Guerra absorben el Presupuesto. Hacienda significa deuda; Guerra significa Hacienda por tomar.

Para ese doble enemigo se necesita un doble ejército, naturalmente; pero en lugar de emplearse todo él en contener al enemigo salvaje que ocupa y desvasta la riqueza de las campañas, se ocupa en sostener al enemigo que aminora las riquezas de las ciudades, es decir, las rentas públicas que nacen del comercio, que es la industria de las ciudades.

¿Cuál es más cara y dispendiosa, la protección o la agresión?—Es la cuestión que la moral debe estudiar y decidir.

§ VIII.—CAMBIO DE DIRECCIÓN

Hay que cambiar de dirección en las ideas y en la conducta para que esas ideas se vuelvan hechos. Abandonar la dirección que ha traído la pobreza actual, que la mantendrá y que la traerá cien veces más mientras exista, porque es el producto natural y lógico de ella.

¿Cuál es esa tendencia?—La que se dirige a perpetuar la *edad heroica* de la revolución de libertad en nombre de la gloria y de la libertad, entendidos del modo menos indicado y más desastroso. La que pretende dar por fin y objeto de su vida social y política la *gloria*; la misma gloria de Belgrano, de San Martín y de Bolívar. La gloria militar y guerrera, estímulo de empresas militares acometidas para renovarla, en tipos fundidos a lo Belgrano, a lo San Martín, a lo Bolívar.

El resultado de esa dirección dada a la actividad de los países es la destrucción de los capitales que deben poblarlos, enriquecerlos y darles verdadera grandeza.

El hecho presente, la situación nueva y tácita de Sud América es la mejor prueba de esto.

Su pobreza actual, sus enormes deudas, su despoblación es la obra de la dirección dada a las cosas y a las ideas por los imitadores de San Martín, de Belgrano y de Bolívar.

La sociedad, la opinión, la educación, la prensa, la historia, todo vive absorbido en la *edad heroica* de la América independiente, es decir, en la infancia de su nuevo régimen, en el período militar y guerrero con que empezó su existencia de mundo autónomo y soberano.

Todas las naciones modernas de Europa y América han pasado por ese período. Todas han tenido sus evoluciones de régimen social y político; todas han tenido guerras para de-

fenderlo y consolidarlo; pero todas han salido de él, después de afirmado el principio de su moderna vida.

Y porque han podido salir de ese período excepcional y violento de su historia es que han llegado a ser las naciones modelos en civilización que hoy son la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos.

Sólo la América del Sud ha echado el ancla en la edad de sus *héroes* y de sus *guerras épicas*, y no hay ni habrá quien la saque de ellas, sino las crisis de empobrecimiento y de retroceso, que serán consecuencia lógica de esa actitud estéril, imbecil y atrasada.

Como en geometría, en moral política y social, para cambiar de dirección se necesita cambiar de puntos de mira y de objetos.

La América debe dejar a sus héroes y a sus tiempos heroicos reposar tranquilos en los altares de la gloria, a la sombra de sus laureles, en lugar de pretender resucitarlos, perpetuarlos y darles el gobierno de la sociedad.

Los héroes son semidioses, colosos, seres superiores al nivel común de la raza humana. No hay sociedad que se componga de esos monstruos de grandezas y de glorias.

Sería la burla y el desprecio del mundo la sociedad de Sud América, si toda ella pudiera componerse de San Martines, de Belgranos y Bolívares.

¿Qué utilidad, qué valor real tendría esa sociedad en la familia de las naciones ricas y civilizadas?

Renovar esos tipos, imitarlos, ser su edición moderna es el propósito seguido hasta aquí por la educación dada a las nuevas generaciones de Sud América en sus universidades, en sus colegios, en su prensa, en su literatura.

Todo el trabajo, toda la producción de sus conductores se ha invertido en las fábricas de San Martines, de Belgranos y de Bolívares.

¿A qué necesidad actual, real, viva, positiva, de progreso responden las entidades de esos tipos heroicos dados como modelos?

Las crisis consisten en ese empobrecimiento o destrucción de capitales y fortunas traídas por los empréstitos enormes invertidos en asalariar trabajos improductivos (1).

Si la ciencia que tiene por objeto, según Smith, aumentar la riqueza y el poder de la nación es la economía política y no la guerra, ¿a qué necesidad económica de las presentes responde la consecuencia que resulta de las vidas de Belgrano, San Martín y Bolívar?

(1) A. Smith, T. II. p. 94.

¿Qué cosa enseña la vida de esos héroes que sirva para remediar la pobreza creada por las crisis? Si vivieran ellos mismos y estuvieran a la cabeza del Gobierno de los Estados que ayudaron a emancipar de España por la espada, ¿qué sabrían, qué entenderían de cosas económicas para sacarlos del despotismo de la miseria en que yacen, como en el antiguo régimen colonial?

Lo que sirven las vidas de Santa Catalina, o de San Roque, o de San Agustín, ni más ni menos. Buena enseñanza, sin duda, buenos ejemplos, a su modo y en su terreno, pero tan intempestivos y extemporáneos para servir a la inteligencia y solución del problema de las crisis económicas, que comprende el de la vida social entera, como la enseñanza que resulta de las vidas de los santos padres mencionados. Tales vidas no son útiles sino al crédito de los biógrafos. Ellos viven de la gloria de sus héroes, como los autores místicos de la gloria de sus santos. Es un mero comercio como el de fabricar imágenes de santos, compatible con el olvido de la moral religiosa que ellos enseñaron.

La Francia que inspiró el genio de Adam Smith no era la Francia de los Napoleón ni de los héroes de la guerra, en que el poder político era sin límites, pero el intelectual muy limitado; en que París había dejado de ser un foco del pensamiento y de la literatura, como fué bajo el gobierno manso del antiguo régimen. "El hecho mismo, dice Walter-Bagehot, de que ese régimen constaba de guerreros ilustres favorecía el esplendor de sus literatos"... "Como lugar de preparación para su gran libro, Smith no hubiera podido hacer mejor elección." Macaulay, citado por Bagehot, ha notado que la víspera de la reunión de los Estados Generales de 1789 los antiguos abusos y las nuevas teorías florecían en Francia lado a lado y con un poder que no habían tenido jamás y que no han recuperado después, tanto del punto de vista político como económico.

Así las ideas de Adam Smith, que han hecho la grandeza de Inglaterra y servido a la riqueza de todas las naciones, se inspiraron en la Francia, que no había entrado todavía en la dirección que la ha alejado en ochenta años del secreto de la libertad y del engrandecimiento material que correspondía al pueblo más bien dotado, social y territorialmente, que todos los que componen la Europa.

La América del Sud debe abandonar la senda errada que la ha llevado a la pobreza, a la debilidad, al descrédito, por la pretensión rutinaria de prolongar la *edad heroica* de la guerra, de la revolución, hasta sumirla en un atraso ridículo y vergonzoso. Cambiar los héroes por los simples ciudadanos obreros de la riqueza y del poder nacional, que en la riqueza consiste.

Marchar en la dirección de las materias económicas, que son el medio de agrandar la riqueza y el poder, con que las naciones modelos del mundo han alcanzado el rango que las hace el objeto de envidia y admiración.

Las crisis económicas por que pasan los países sudamericanos no tienen otra causa ni origen que la dirección que ha traído hasta aquí el movimiento político, formado por el movimiento de las ideas equivocadas de los hombres de Estado.